

Ivette Martí Caloca. “Todo se ha hecho a mi voluntad”:
Melibea como eje central de *La Celestina*
Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2019.

Mercedes López-Baralt, Ph. D.
Profesora Emeritus
Universidad de Puerto Rico

Muy buenas noches a todos. Mi presentación del libro de Ivette Martí Caloca —“*Todo se ha hecho a mi voluntad*”: *Melibea como eje central de La Celestina*— requiere una advertencia previa: no soy responsable de la cantidad de adjetivos celebrativos hiperbólicos que hay en ella. La responsabilidad recae en la autora y en su libro, que se lo han ganado a pulso. Absuelta, ya puedo comenzar.

Para mí es un gran honor y una alegría inmensa presentar el extraordinario libro de Ivette Martí Caloca. Y nada menos que en el contexto de la Casa de España. No solo por lo que significa como aportación imprescindible a la bibliografía crítica de *La Celestina*, o por el hecho de que esta puertorriqueña pone a nuestra Isla en el mapa confirmándole al mundo nuestra creatividad, sino porque la obra de Rojas —nada menos que la primera novela moderna de Occidente— es parte fundamental de mi historia intelectual. Permítanme contarles por qué.

Corría el año 1962. Mi segundo año de bachillerato en la Universidad de Puerto Rico. Ya había leído dos libros que me impactaron para siempre: *Crimen y castigo* y *La Celestina*. Y en el Departamento de Estudios Hispánicos estaba tomando el curso de Literatura puertorriqueña, con el recordado maestro Manrique Cabrera. Quien no solo nos aleccionaba en el campo de nuestra literatura, sino que desde su amplísima cultura nos contaba de sus lecturas recientes, como los ensayos del pensador francés Elie Faure. O de su amistad con Lorca en el Madrid de los treinta, cuando hacía, con Margot Arce, su doctorado en la Universidad Central. Pero también evocaba

a los clásicos. Y un día, hablando de *La Celestina*, nos hizo lo que para mí constituyó el mayor de los regalos de su curso; regalo vigente hasta hoy. Nada menos que la noticia del revolucionario ensayo de Salvador de Madariaga, “Discurso sobre Melibea”, publicado en 1941 en la revista argentina *Sur*. Corrí a la Biblioteca y leí la singular propuesta del exiliado español: Melibea es la verdadera protagonista de *La Celestina*; como ella misma declara, todo se ha hecho a su voluntad; el conjuro de la alcahueta no le surtió efecto, pues ella ya amaba a Calisto; y Rojas fue un psicoanalista *avant la lettre*, porque el subconsciente de Melibea se nos va revelando desde el inicio de la obra. Quedé hechizada para siempre. Por cierto, otro fanático del ensayo de Madariaga fue Gustavo Agrait, con quien años después compartiría mi entusiasmo.

Desde luego releí mil veces *La Celestina*, que inaugura en Occidente el tema de la orfandad del hombre en un mundo desastrado: sin astros, sin techo, sin providencia, sin Dios. Y que anticipa en más de cuatro siglos al existencialismo. No hay curso o conferencia en que no mencione, si viene al caso, este gran clásico de la literatura hispánica. Propagando, con mi afán proselitista, la propuesta de Madariaga entre alumnos y amigos. Entre ellos, y hace años, a Ivette Martí y María Teresa Narváez, hoy maestras en el tema. Y desde luego, también catequicé a mi hermana, Luce López-Baralt. Interessantemente, a Ivette Martí la hermana con Madariaga, más allá del enfoque compartido sobre la protagonista, el hecho de que ambos piensan a España desde la periferia, pues son, en un sentido amplio, “desterrados”. Madariaga en su exilio argentino, Martí —como el converso Fernando de Rojas y casi todos nosotros— en su propia tierra: la colonia puertorriqueña, cada día más amada y menos nuestra.

Dicho esto, se imaginarán los presentes cuán importante es esta noche para mí. Pues Ivette Martí, colega, amiga queridísima, y LA estrella fulgurante de mis alumnos en más de 45 años de docencia, nos acaba de regalar un libro hermoso y excepcional, que debe su cuota a Madariaga, pero que lo supera con creces con su novedosa propuesta. Libro que desarrolla exhaustivamente un ensayo de Martí sobre el tema: “Melibea: eje de la *scriptum ligata* de *La Celestina*”, publicado en la canónica revista *Celestinesca* en el 2012.

Prologado por Luce López-Baralt, otra estrella, esta vez no solo del Siglo de Oro, sino también de la mística y la literatura morisca, el libro de Ivette tiene cuatro capítulos: “La doncella encerrada y la vieja depravada”, “Los símbolos que representan a Melibea y su identidad caótica”, “El mundo invertido: Melibea, divina e infernal” y “El cabello de Melibea como conjugación de los símbolos hilado-cordón-cadena-serpiente”. A ellos les sigue una Conclusión breve y contundente. Y desde luego, una bibliografía alucinantemente sólida y extensa.

Quisiera comentar ahora las ocho maravillas que nos depara este libro. Primera: su lealtad al más lúcido de los enfoques literarios, el que jamás pasa de moda, iniciado en la hispanidad en 1580 por Fernando de Herrera en su libro *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*: el enfoque filológico, que pone el acento en el comentario textual minucioso para llegar al fondo del texto. Segunda: una investigación tan exhaustiva que el lector percibe, gozoso, como infinita, y que resulta en una erudición abismal. Trazando, en las notas al calce, otro libro, que espejea al que estamos leyendo. Tercera: la prosa elegante y tersa, cuya claridad transparente agradecemos de corazón. Cuarta: el texto (en este caso *La Celestina*) protagoniza el libro, dándole un golpe de estado al fundamentalismo teórico que tanto oscurece la literatura. Quinta: el dominio ejemplar de la bibliografía celestinesca. Sexta: la cortesía —que en el fondo siempre es una lección de justicia— con la que trata a todos los críticos que cita, subrayando el valor de sus aportaciones, y, cuando difiere de ellos, haciéndolo con gentileza. La séptima es la calidad y la abundancia del comentario textual, hiperbólicamente minucioso y del que Martí extrae frutos importantísimos para abonar a la propuesta del libro, hilando los pasajes citados con una lógica sin par. Dicho comentario constituye tal *tour de force*, que me detendré en él con deleite regocijado. Y llegamos a la octava maravilla, base y sustento de las anteriores: la pasión. Porque solo un amor sin bridas puede producir un libro como el que presentamos esta noche. Hecho posible por la pasión, la intuición, el olfato literario, el deleite, la paciencia, la minuciosidad, la exhaustividad, la coherencia y la valentía. El resultado: un libro breve que sorprendentemente se convierte ante nuestros ojos en monumental. Estas ocho maravillas, que abonan al placer intenso de su lectura, me animan a exclamar ¡*Chapeau!*,

¡Bravo!, ¡Sí!, ¡Bien! De ello da fe mi ejemplar del libro que celebramos hoy, crucificado en los márgenes hasta la saciedad. Y es que su lectura confirma un hecho no por ignorado menos importante: la buena crítica es útil y necesaria, pero solo se convierte en arte cuando su autor es brillante. Entonces ilumina y potencia, magistralmente, el texto que estudia. Ayudando a los lectores a disfrutarlo y entender su propuesta. Pero en el caso de un clásico, emprender su crítica es un verdadero acto de valentía, porque los textos consagrados tientan al lector a pensar que ya se ha dicho todo sobre ellos. Ivette Martí sabe que eso no es cierto. También lo sabe el escritor cubano-italiano Italo Calvino, cuya sentencia es inapelable: “un clásico es un libro que nunca acaba de decir lo que tiene que decir”.

Lo prometido es deuda, así es que ahora procedo a dar un ejemplo del buceo abismal al que somete nuestra autora a los parlamentos celestinescos. Pero antes de ello, debo plantear la premisa desde la que habla Ivette Martí. Su libro no solo es un homenaje a Salvador de Madariaga, por su visión de Melibea, sino al británico Alan Deyermond, uno de los críticos más importantes del tema. Deyermond propuso, hace años, que el simbolismo que sostiene la estructura de *La Celestina* se puede sintetizar en esta secuencia: *hilado-cordón-cadena*. Se refiere al hilado que lleva la alcahueta para poder entrar en casa de Melibea, como si fuera a venderlo; el cordón, la faja o corpiño que ciñe su cintura y que solicita Calisto como fetiche; y la cadena de oro que recibe Celestina de manos de Calisto, como recompensa por sus labores de alcahueta. Martí acepta de grado esta propuesta, pero la completa, añadiéndole un eslabón imprescindible: *serpiente*. Serpiente que enmarca la obra, al figurar en el prólogo y el monólogo de Pleberio, además de estar presente en la primera descripción que hace Calisto de su amada, en el caldo demoníaco que prepara Celestina para hechizar a Melibea, y en múltiples parlamentos de esta. Y vale subrayar, antes de entrar en materia, que la propuesta de Melibea como la verdadera protagonista de la obra sugiere dos caminos: el primero, estudiar su comportamiento a través del texto, y el segundo, examinar la función de los cuatro símbolos que sostienen la obra y que se originan, uno a uno, en la misma Melibea. Ello demuestra el poderío

de esta protagonista sin par. Ivette Martí recorre ambos, poniendo el acento en el segundo.

Vamos, pues, al parlamento en el que Calisto le describe a Sempronio la belleza de su amada. En él se origina todo. Y dice así: “Comienzo por los cabellos. ¿Ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son, y no resplandecen menos. Su longura hasta el postrero asiento de sus pies; después crinados y atados con la delgada cuerda como ella se los pone, no ha más menester para convertir los hombres en piedra». El desavisado lector tiende a pensar que se trata de la pormenorización petrarquista de *la donna angelicata*. Pero el pasaje tiene mucha miga, y sus palabras están preñadas de sentido. Bien lo dice el prólogo de Rojas: “Y como sea cierto que toda palabra del hombre esciente está preñada, de esta se puede decir que de muy hinchada y llena quiere reventar, echando de sí tan crecidos ramos y hojas que del menor pimpollo se sacaría har-to fruto entre personas discretas”. Y aquí entra en acción nuestra autora. Intentaré sintetizar su prodigioso comentario textual. De la cabeza de Melibea surgen los cuatro símbolos que atan el tejido del texto: *hilado-cordón-cadena-serpiente*. Las *madejas* aluden al hilado y a la escritura misma: hilado lleva a textil, textil lleva a texto. La *delgada cuerda* alude al cordón o faja de Melibea, y el *oro* a la cadena que Calisto le entrega a Celestina. Y el efecto del cabello en la mirada masculina, que *convierte a los hombres en piedra*, alude a la serpiente, pues si mata a los hombres, este cabello revela a Melibea como Medusa, lo que sugiere una cabeza llena de serpientes. También la revela como basilisco, la más mortal de las serpientes, que mata al reptil que la fecunda y muere cuando sus hijos, pugnando por salir de su cuerpo, la revientan. Los bestiarios lo asocian a Satanás. Por otra parte, el hecho de que la cabellera de Melibea llegue al suelo le da un toque monstruoso a la amada de Calisto, pues su longitud ha transgredido la norma renacentista de la proporción. Entonces a Melibea hay que verla no solo como bella, sino también como anormal y monstruosa. No solo es Medusa, sino sirena y la Lilith bíblica, mujeres míticas cuyas cabelleras seducen y ponen en peligro a los hombres. Y que tienen un evidente elemento luciferino. Entonces, estamos ante una mujer

híbrida, que contiene cielo y tierra, divinidad y monstruosidad. Un ente caótico que espejea el universo de Rojas. De ahí que la famosa frase de Calisto al contemplarla por primera vez en la obra (“En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios”), se haya degradado en la sorprendente satanización de la musa, inserta en el pasaje que acabamos de comentar de la mano de Ivette Martí. Y no digo más, porque no quiero entrar en lo que en el lenguaje cinematográfico se llama *spoilers*: datos que cancelan el efecto sorpresa, tan importante para el deleite de cualquier narrativa. Solo quisiera advertir a los fanáticos de *La Celestina*, que tras degustar el libro que hoy celebramos, no se pierdan otro ensayo imprescindible de nuestra autora: “Saltos de gozo infinitos: Melibea como gran depredadora”, publicado en el *eHumanista Journal of Iberian Studies* en el 2017. Ambos me han convertido en una decidida proselitista de Ivette Martí, como antes lo fuera de Madariaga.

Concluyo con una coda. Haciendo mención de la reciente puesta en duda de la autoría de Rojas por algunos críticos. La cuestión no es alarmante: piénsese que hace años viene cuestionándose la autoría de Shakespeare de su prolífica obra, y esta sigue intacta. Pese a que Oxford University Press otorgara autoría doble a Shakespeare y a Christopher Marlowe en su reciente edición de las tres obras dedicadas a *Enrique VI*. A estas novedades primero hay que calibrarlas para ver si son convincentes. Pero sobre todo, hay que aferrarse a una verdad como un puño. Incontestable. Esa verdad es el texto. Un texto inserto en su contexto. En el caso de *La Celestina*, la España conflictiva que tan bien ha pensado Américo Castro. Un texto rotundo, redondo, completo. Cuya coherencia está implícita en el hecho de que se enrosca, como lo ha visto Martí, cual serpiente, pues la noción del mundo al revés abre la obra en el prólogo y la cierra en el monólogo de Pleberio. Y un texto regido por la ambigüedad constante y una intertextualidad hiperbólica, cualidades que abonan grandemente a su condición de clásico. Ha sido interpretado erróneamente como texto cristiano didáctico para castigar el loco amor (carnal, por supuesto), pero el prólogo y el llanto de Pleberio anulan dicha posibilidad, al confirmar implacablemente un pesimismo radical, irónico y escéptico, basado en la desesperanza y su consecuente destierro de

la trascendencia, como lo ha constatado una y otra vez Ivette Martí. El texto existe, es soberano y no se rendirá. Llámese su autor o sus autores como quieran llamarse. Porque su propuesta de un mundo sin sentido queda clarísima. Para negarla, habría que emprender una gesta. Escribir *La Celestina* otra vez. Por lo pronto, yo brindo por la que existe, honrada y celebrada por Ivette Martí Caloca.

Solo me resta darle las gracias a su autora, y mi enhorabuena por esta aportación magistral a la bibliografía celestinesca que prestigia sobremanera a Puerto Rico. ¡Pido un caluroso aplauso para Ivette!

30 de octubre de 2019
Casa de España, 7PM